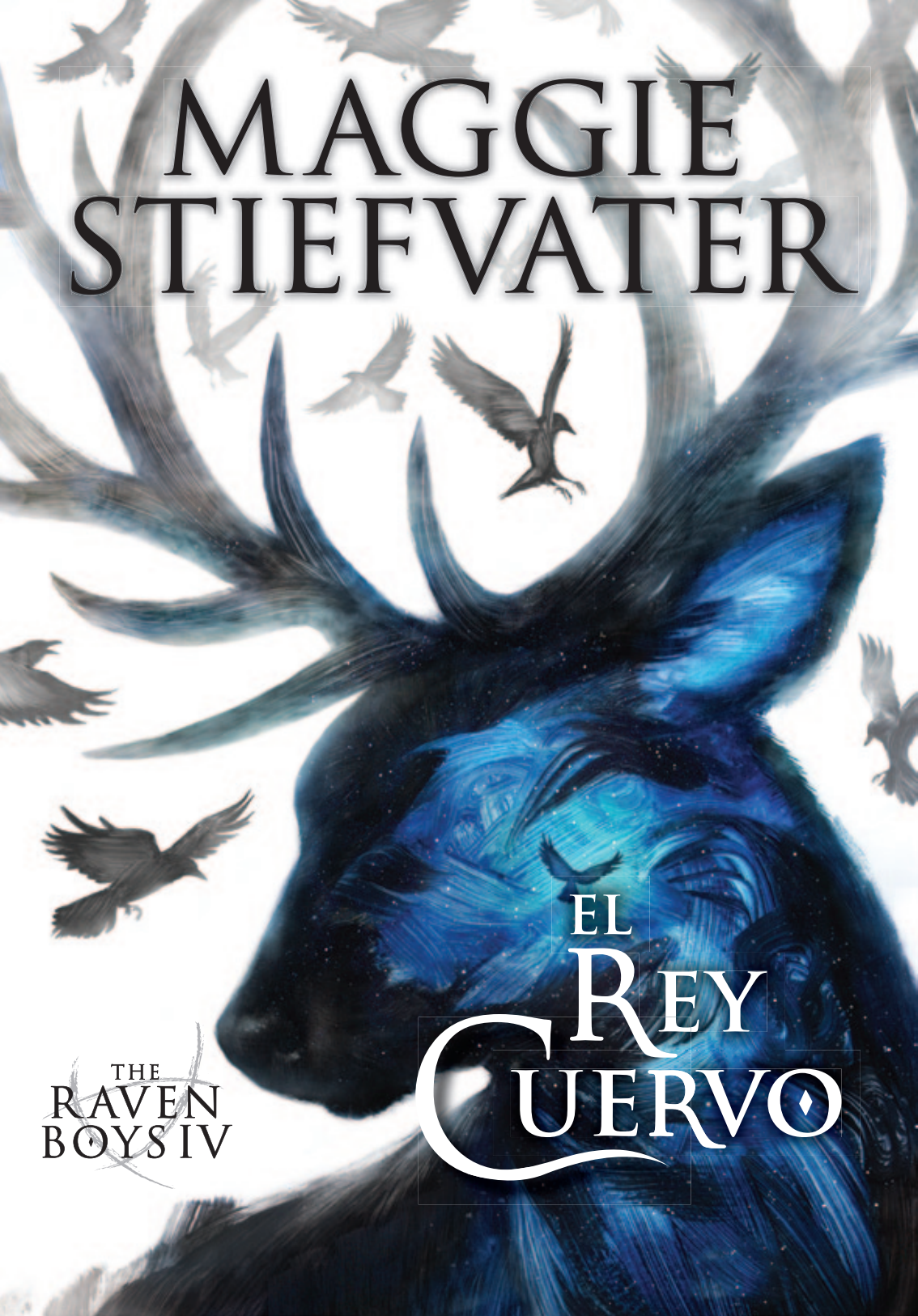




MAGGIE STIEFVATER

THE
RAVEN
BOYS IV

EL
REY
CUERVO

EL REY CUERVO

THE
RAVEN
BOYS IV

MAGGIE
STIEFVATER

Traducción de Xohana Bastida



Primera edición: mayo de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Berta Márquez

Traducción: Xohana Bastida

Coordinación gráfica: Lara Peces

Publicado por primera vez en castellano por Ediciones SM Chile S.A., 2016

Dirección de Publicaciones Generales: Sergio Tanhnuz

Título original: *The Raven King*

Publicado por primera vez por Scholastic Press en 2016

Copyright © 2016 Maggie Stiefvater

All rights reserved. Published by arrangement with Scholastic Inc.,
557 Broadway, New York, NY 10012, USA

La compra de derechos de este libro se negoció
a través de Ute Körner Literary Agent, S.L., Barcelona
www.uklitag.com

© de esta edición en castellano: Ediciones SM, 2017
Impresores, 2 - Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9583-3

Depósito legal: M-9674-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Sarah,
que aceptó con gallardía
el Asiento Peligroso.

Dormir, nadar y soñar para siempre.

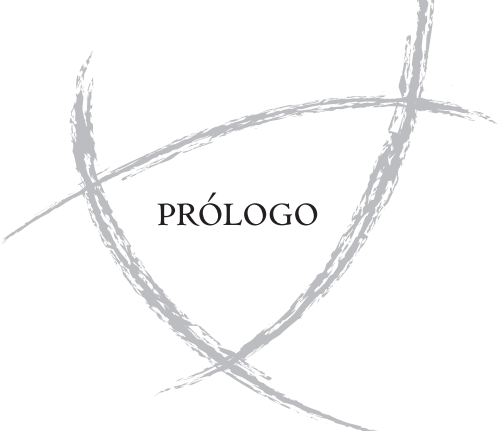
ALGERNON CHARLES SWINBURNE,
El sueño de un nadador

Esos signos me han dado la marca de lo extraordinario; y todo el curso de mi vida muestra que no estoy en el cómputo de los hombres comunes.

WILLIAM SHAKESPEARE,
Enrique IV

Querido, el compositor ha entrado en el fuego.

ANNE SEXTON,
El beso



PRÓLOGO

Richard Gansey III ya no recordaba cuántas veces le habían dicho que estaba destinado a la grandeza.

Había nacido para ello, fruto de dos linajes llenos de nobleza y determinación. El padre de su madre había sido diplomático, un arquitecto de destinos; el padre de su padre había sido arquitecto, un diplomático de los estilos. La madre de su madre había sido institutriz de los hijos de varias princesas europeas; la madre de su padre había usado su herencia para fundar una escuela para niñas. Los Gansey eran cortesanos y reyes, y cuando no disponían de un palacio al que acudir, se construían uno.

Gansey era un rey.

Hacía mucho tiempo, el joven Gansey había muerto por las picaduras de un enjambre de avispas. Gansey gozaba de ventaja en todos los aspectos, y la mortalidad era uno más de ellos. Una voz le había susurrado al oído: *Vivirás por Glendower. Otro muere en la línea ley cuando no debiera, aunque tú vivirás cuando debieras morir.*

Había muerto, pero no había seguido muerto.

Era un rey.

Su madre, tan regia como él, se había presentado como candidata al Congreso por Virginia y, previsiblemente, había ascendido con elegancia hasta la parte superior de las encuestas. Adelante y arriba. ¿Acaso había habido alguna duda al respecto? En realidad, sí; siempre las había, porque los Gansey jamás exigían favores. A me-

nudo, ni siquiera los pedían. Solo hacían a los demás lo que deseaban que les hicieran a ellos, y esperaban en silencio a que los demás les correspondieran.

Dudas. Los Gansey no hacían más que dudar. Todos ellos metían la mano con bravura en el agua ciega y oscura, y aguardaban su destino incierto hasta que la empuñadura de la espada se apoyaba en su esperanzada palma.

Sin embargo, unos meses atrás, este Gansey había extendido la mano en la oscura incertidumbre del futuro, buscando la espada prometida, y en su lugar había sacado un espejo.

Justicia. De algún modo inverso, aquello parecía justo.

Era el 25 de abril, la víspera del día de San Marcos. Años atrás, Gansey había leído *El gran misterio: líneas ley del mundo*, escrito por Roger Malory. En aquel libro, Malory explicaba exhaustivamente que, si se velaba la víspera de San Marcos en una línea ley, podían verse los espíritus de aquellos que morirían a lo largo del año venidero. Para entonces, Gansey había presenciado maravillas de todo tipo en las líneas ley o en sus cercanías —una chica que podía leer un libro en la oscuridad; una señora capaz de levantar una caja de fruta con el poder de su mente; tres trillizos de piel crepuscular nacidos sobre la misma línea ley, que lloraban lágrimas de sangre y sangraban agua salada—, pero ninguno de estos prodigios le afectaba a él. Ninguno lo había reclamado ni explicado.

No sabía por qué se había salvado.

Necesitaba saberlo.

De modo que había velado una noche entera en aquella línea ley que se había convertido en su laberinto, junto a la iglesia del Sagrado Redentor. No había visto ni oído nada. La mañana siguiente, se había arrodillado junto a su Camaro, aturdido por el agotamiento, y había escuchado la grabación de la noche.

«Gansey», susurró su propia voz desde el reproductor. Y luego, tras una pausa, continuó: «Sí, es todo».

Por fin estaba ocurriendo. Gansey ya no era un observador de aquel mundo; se había convertido en un participante.

Pero incluso en aquel momento, una pequeña parte de Gansey intuyó lo que significaba oír su nombre en la grabación. Tal vez se acabara de convencer cuando sus amigos fueron a recoger su coche averiado, una hora más tarde; o cuando las videntes del 300 de Fox Way le leyeron el tarot; o cuando le contó la historia a Roger Malory en persona.

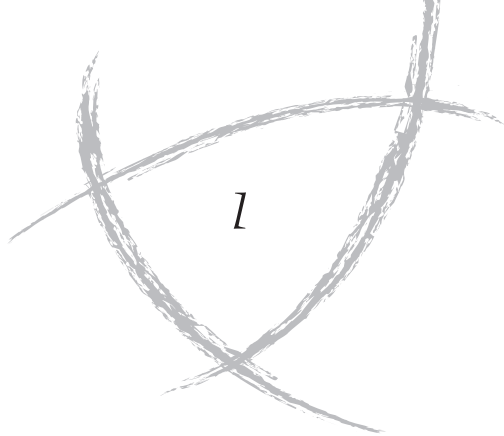
Gansey sabía a quiénes pertenecían las voces que susurraban en la línea ley durante la víspera de San Marcos. Sin embargo, había pasado muchos años encadenando sus miedos, y no estaba preparado para liberarlos aún.

Solo cuando una de las videntes del 300 de Fox Way murió —cuando la muerte volvió a convertirse en algo real— Gansey se sintió incapaz de negar la verdad por más tiempo.

Los perros del Club de Caza de Aglionby lo aullaron todo aquel otoño: *aún, aún, aún*.

Gansey era un rey.

Y aquel era el año en el que iba a morir.



*D*ependiendo de dónde comenzara el relato, aquella podía ser la historia de las mujeres del 300 de Fox Way.

Las historias se estiran en todas direcciones. Érase una vez una chica a la que se le daba muy bien jugar con el tiempo. Dando un paso hacia un lado: érase una vez la hija de una chica a la que se le daba muy bien jugar con el tiempo. Un paso hacia atrás: érase una vez la hija de un rey a la que se le daba muy bien jugar con el tiempo.

Principios y finales, reproduciéndose hasta donde alcanzaba la mirada.

Con la notable excepción de Blue Sargent, todas las mujeres del 300 de Fox Way eran videntes. Eso podría sugerir que todas tenían muchas cosas en común; pero a la hora de la verdad, tenían tanto en común como un grupo de músicas, médicas o empleadas de una funeraria. La videncia, para ellas, no era tanto una personalidad compartida como un conjunto de aptitudes, un sistema de creencias, un acuerdo tácito de que el tiempo, como las historias, no era una línea sino un océano. Si aquellas mujeres no podían encontrar el momento preciso que buscaban, lo achacaban a que no habían nadado lo bastante lejos; o a que no nadaban lo suficientemente bien; o a que, como reconocían a regañadientes, algunos momentos estaban ocultos en tiempos tan remotos que había que dejárselos a las criaturas abisales. Como aquellos peces erizados de dientes con una lucecita sobre la cara, por ejemplo. O como Persephone

Poldma. Aunque Persephone estaba muerta, de modo que tal vez no fuera un buen ejemplo.

Un lunes, las ocupantes del 300 de Fox Way decidieron evaluar por fin la maldición que pesaba sobre Richard Gansey, la desintegración de su propia vida tal como la conocían y la relación que aquellos dos acontecimientos guardaban entre sí, si es que la había. Además, Jimi había recibido una botella de whisky oloroso a turba a cambio de una limpieza de chakras, y estaba deseando acabarla en compañía.

Cala salió al frío aire otoñal para dar la vuelta al cartel que había junto al buzón, de modo que decía: «CERRADO, ¡VUELVA PRONTO!». Dentro de la casa, Jimi, que creía firmemente en la magia de las plantas, sacó de un cajón varias bolsitas de artemisa (para fortalecer la proyección del alma en otros planos) y luego colocó ramitas de romero sobre unos carbones encendidos (para facilitar la memoria y la clarividencia, que eran el mismo fenómeno en dos direcciones diferentes). Orla meneaba un haz humeante de salvia sobre las barajas de tarot. Maura llenó de agua un cuenco de cristal negro. Gwenllian, mientras tanto, cantaba una cancioncilla estridente mientras encendía un círculo de velas y bajaba las persianas. Cuando ya acababa, Cala entró en la sala con tres figurillas sujetas en el hueco del brazo.

—Aquí apesta a restaurante italiano —le dijo a Jimi, que siguió tarareando mientras abanicaba el humo y meneaba su considerable trasero.

Sin esperar respuesta, Cala colocó la feroz estatua de Oya junto a su silla y la de Oshun danzante junto al asiento de Maura. Luego agarró la tercera figura, que representaba a Yemayá, una deidad acuática yoruba que siempre había estado junto al sitio de Persephone (cuando no se hallaba en la cómoda de Cala).

—Maura —dijo—, no sé dónde colocar a Yemayá.

La aludida señaló a Gwenllian, quien la señaló a su vez.

—Dijiste que no querías hacer esto con Adam, así que tendrá que ser ella.

—Yo no dije eso —replicó Cala—. Solo dije que esta situación le toca muy de cerca.

En realidad, la situación las tocaba a todas muy de cerca. Llevaba meses tocándolas de cerca. Las tocaba tan de cerca que era difícil juzgar si la situación eran ellas mismas o no.

Orla dejó de mascar chicle por un momento para preguntar:

—¿Estamos listas?

—MmmmmhmmmmperofaltaBluemmmmmhmmmm —respondió Jimi sin dejar de canturrear y de balancearse.

Era cierto que la ausencia de Blue se dejaba notar; su poder como amplificadora psíquica habría resultado muy útil en un momento como aquel. Sin embargo, la noche anterior todas habían acordado en susurros que sería una crueldad hablar delante de ella acerca del destino de Gansey más de lo estrictamente necesario. Tendrían que arreglárselas con Gwenllian, aunque era la mitad de efectiva y el doble de difícil que Blue.

—Luego le contamos lo que averigüemos —dijo Maura—. Y ahora, será mejor que saque a Artemus de la despensa.

Artemus: examante de Maura, padre biológico de Blue, consejero de Glendower y habitante de la despensa del 300 de Fox Way. Lo habían rescatado de una cueva mágica hacía poco más de una semana, y desde entonces no había contribuido en nada a reforzar los recursos emocionales o intelectuales del grupo. Cala pensaba que carecía de carácter (no se equivocaba). Maura lo tenía por un incomprendido (no se equivocaba). Jimi opinaba que tenía la nariz más larga que había visto en su vida (no se equivocaba). Orla no creía que encerrarse en un armario lleno de provisiones fuera pro-

tección suficiente contra una vidente que te odiaba (no se equivocaba). Gwenllian era la vidente que lo odiaba (tampoco se equivocaba al hacerlo).

A Maura le costó bastante trabajo sacarlo de la despensa, y aun después de que Artemus ocupara su puesto en la mesa, junto a ellas, siguió pareciendo fuera de lugar. En parte se debía a que era un hombre y a que era muchísimo más alto que cualquiera de sus compañeras. Pero, sobre todo, se debía a que su mirada oscura y eternamente angustiada indicaba que había visto el mundo y que se había sentido abrumado por él. Su miedo, profundo y auténtico, contrastaba con los distintos niveles de confianza en sí mismas que mostraban las mujeres presentes en la sala.

Tanto Maura como Cala, que lo habían conocido antes de que Blue naciera, pensaban que Artemus parecía mucho menos impresionante que en el pasado. En realidad, era Maura la que lo encontraba mucho menos impresionante, ya que Cala nunca se había sentido muy impresionada por él. Los tipos larguiruchos que se materializaban en bosques místicos nunca habían sido su tipo.

Jimi sirvió una ronda de whisky.

Orla cerró las puertas de la sala de videncia.

Las mujeres se sentaron.

—Vaya panda —dijo Cala a modo de introducción (no se equivocaba).

—No podemos salvarlo, ¿verdad? —preguntó Jimi refiriéndose a Gansey, con la mirada empañada por las lágrimas. No es que le profesara un cariño especial; pero era una mujer muy sentimental, y la idea de que un joven muriera en la flor de la vida la entristecía.

—No —contestó Maura.

Las mujeres bebieron; Artemus, no. Estaba ocupado mirando a Gwenllian con inquietud. La muchacha, tan impresionante como

siempre con su pelambreira llena de lápices y de flores, le devolvió una mirada tan incendiaria que hubiera podido inflamar el licor que aún quedaba en su vaso.

—Entonces, ¿tenemos que detenerlo?

Orla, la más joven y ruidosa de las mujeres de la sala, soltó una carcajada ruidosa y juvenil.

—¿A Gansey? ¿Por qué? —preguntó.

—He dicho detenerlo, no detenerle —replicó Maura, puntillosa—. Sé que no puedo impedir a ese muchacho que rebusque su propia tumba por toda Virginia. Me refiero a detener lo que va a ocurrirles a los demás.

Cala dejó el vaso en la mesa con gesto brusco.

—Ah, yo sí que podría parar al chico. Pero eso no es lo importante... Todo está ya en su lugar.

(Todo en su lugar: el asesino a sueldo y Maura, metidos en una relación; el exjefe del asesino a sueldo, metido en su casa de Boston; la siniestra entidad que estaba enterrada en las rocas bajo la línea ley; las peculiares criaturas que emergían de una cueva oculta tras una granja abandonada; el poder creciente de la línea ley; el bosque mágico y dotado de conciencia situado en la línea ley; el pacto entre un muchacho y el bosque mágico; la capacidad de otro muchacho para materializar sus sueños; la negativa de otro muchacho, este muerto, a descansar; el poder sobrenatural de una muchacha para amplificar el noventa por cien de los elementos de esta lista).

Las mujeres se sirvieron otra copa.

—¿Deberían seguir visitando ese bosque demencial? —preguntó Orla.

A Orla no le gustaba demasiado Cabeswater. Había ido allí en una ocasión, junto al grupo, y se había aproximado lo bastante para...

sentir el bosque. Su forma de clarividencia funcionaba mejor por teléfono o email; para ella, los rostros obstaculizaban la verdad. Cableswater carecía de rostro, y la línea ley venía a ser la línea telefónica más eficaz del mundo. Orla había percibido claramente que el bosque le pedía cosas. No hubiera sabido decir exactamente qué cosas eran, pero no le parecía que fueran necesariamente malas. Lo que sí había percibido con claridad era la enormidad de sus peticiones y el peso de sus promesas, que podían cambiar la vida de cualquiera. Y dado que Orla se encontraba muy a gusto con su vida, le había dado unas gracias mentales al bosque y se había alejado de él.

—El bosque está bien —dijo Artemus.

Todas las mujeres lo miraron.

—Describe «está bien» —le pidió Maura.

—Cableswater los aprecia —respondió Artemus, cruzando sus enormes manos sobre su regazo y levantando su larguísima nariz para mirarlás. Su mirada inquieta se volvía una y otra vez hacia Gwenllian, como si temiera que la chica fuera a abalanzarse sobre él.

Ella le lanzó una nueva mirada cargada de intención y tapó con su vaso una de las velas hasta apagarla, oscureciendo un poquito más la sala donde ejercían la videncia.

—¿Te importaría ampliar la información? —intervino Cala.

A Artemus sí que parecía importarle, porque siguió callado.

Las mujeres volvieron a beber.

—¿Va a morir alguien de esta habitación? —preguntó Jimi—. ¿Apareció alguien más que conozcamos en el cementerio, aquella noche?

—Nosotras no podemos aparecer en el desfile de los muertos —le recordó Maura.

Era cierto: la comitiva de la víspera de San Marcos solo predecía la muerte de quienes hubieran nacido en las cercanías del pueblo o sobre el camino de los espíritus (en el caso de Gansey, había renacido allí), y todos los presentes en la sala venían de fuera.

—Blue sí que podría —puntualizó Orla.

Maura barajó las cartas con brusquedad.

—Aun así, eso no la pone a salvo. Hay destinos peores que la muerte —dijo.

—Bueno, pues vamos a echar las cartas —resolvió Jimi.

Cada una de las mujeres se llevó su mazo de cartas al corazón. Luego las mezclaron, eligieron una al azar y la colocaron boca arriba sobre la mesa.

Dado que el tarot es algo muy personal, la decoración de cada baraja reflejaba el talante de su poseedora. La de Maura, toda trazos gruesos y colores planos, resultaba tan utilitaria como infantil. La de Cala era barroca y recargada, plagada de detalles. En la de Orla, todas y cada una de las cartas representaban una pareja besándose o haciendo el amor, aunque el significado de la carta no tuviera nada que ver con ello. Gwenllian se había hecho la suya garabateando signos oscuros y angulosos en una baraja de póquer normal. Jimi era fiel a la baraja de Gatos Sagrados y Mujeres Santas que había encontrado en una tienda de segunda mano, allá por 1992.

Todas las mujeres habían extraído distintas versiones de la Torre. Tal vez la que mejor transmitiera el significado de la carta era la de Cala: en ella, un rayo golpeaba un castillo que representaba la estabilidad. El edificio, ya en llamas, estaba rodeado de culebras que parecían atacarlo. Por una ventana asomaba una mujer afectada por el rayo, y cerca de ella había un hombre que parecía haberse caído —o lanzado— de la parte superior. Fuera como fuese, el hombre estaba en llamas, y tras él caía otra culebra.

—De modo que, si no hacemos nada por evitarlo, vamos a morir —dedujo Cala.

—*Owynus dei gratia Princeps Waliae*, tra la la, *Princeps Waliae*, tra la la... —canturreó Gwennllian.

Artemus soltó un gemido e hizo ademán de levantarse, pero Maura lo detuvo apoyando una mano en la de él.

—Pues claro que vamos a morir —dijo—. Al final, todo el mundo se muere. No os dejéis llevar por el miedo, ¿de acuerdo?

—Solo veo una persona que se deja llevar por el miedo —replicó Cala con los ojos fijos en Artemus.

Jimi volvió a pasar la botella de whisky a sus compañeras.

—Queridas, ya es hora de que resolvamos todo esto. ¿Cómo vamos a buscar la solución?

Todas se volvieron hacia el cuenco de adivinación. En realidad, aquel objeto no tenía nada de especial: se trataba de un cacharro decorativo comprado por once dólares en una de esas tiendas llenas de cosas para mascotas, útiles de jardinería y electrodomésticos rebajados. El jugo de arándano que lo colmaba no tenía ningún poder mágico. Y sin embargo, en aquel momento parecía rodeado de un aura ominosa, como si el propio líquido estuviera inquieto. Aunque lo único que reflejaba la oscura superficie era el techo, daba la impresión de que quería mostrar otras cosas. Era como si el cuenco de adivinación contemplara diversas posibilidades, no todas buenas.

(Una de las posibilidades: que usara el reflejo del observador para separar su alma de su cuerpo y matarlo).

Maura lo apartó, aunque había sido ella quien lo había llevado allí.

—¿Por qué no hacemos una lectura de vida? —propuso Orla, y luego hizo explotar un globo de chicle.

—Uf, ni hablar —refunfuñó Cala.

—¿De todas nosotras? —preguntó Maura sin hacer caso de Cala—. ¿De nuestra vida como grupo?

Orla hizo un ademán que abarcó todas las barajas, y sus enormes pulseras de madera chasquearon al entrechocar como si estuvieran satisfechas.

—Me gusta la idea —repuso Maura, y Cala y Jimi suspiraron al unísono.

Normalmente, cuando las videntes echaban las cartas solo usaban una parte de los setenta y ocho naipes de la baraja. Solían sacar entre tres y diez, o tal vez alguno más si querían aclarar algún detalle. La posición de cada carta indicaba una pregunta diferente: ¿en qué estado se encuentra tu inconsciente? ¿De qué tienes miedo? ¿Qué necesitas? En cada caso, la respuesta la daba la carta elegida.

Setenta y ocho cartas daban para un montón de preguntas. Especialmente, si se multiplicaban por cinco.

Cala y Jimi volvieron a suspirar, pero empezaron a barajar sin decir nada. Al fin y al cabo, tenían muchísimas preguntas y necesitaban otras tantas respuestas.

Al cabo de un momento, las mujeres dejaron de mezclar las cartas, cerraron los ojos y se llevaron los mazos al corazón, concentrándose en la presencia de las demás y en la forma en que sus vidas se entrelazaban. Las velas titilaron. Las estatuillas de las diosas arrojaron sombras largas, cortas, de nuevo largas... Gwenllïan empezó a tararear y Jimi la imitó.

Solo Artemus se mantenía al margen, mirándolo todo con el ceño fruncido.

Sin embargo, las mujeres lo incluyeron al empezar a echar las cartas. Empezaron por colocar un tronco de cartas superpuestas, hablando a las demás en murmullos sobre las distintas posiciones y significados mientras lo hacían. Luego dispusieron ramas que señalaban a

Cala, a Maura, a Gwenllian... Las cinco fueron colocando los naipes, acercando las cabezas para examinarlos, riéndose cada vez que sus frentes entrechocaban y compartiendo jadeos de asombro.

Al cabo de un rato, empezó a hacerse evidente una línea argumental. Trataba de personas a las que ellas habían cambiado, y de personas que las habían cambiado a ellas. La tirada mostraba todos los momentos significativos: la historia de amor de Maura y Artemus; el puñetazo que Jimi le había dado a Cala; el desfaldo que Orla había hecho en la cuenta bancaria común, para financiar un negocio de internet que aún no había generado ganancias; la fuga de Blue y su regreso a casa, escoltada por la policía; la muerte de Persephone...

La rama de Artemus, erizada de espadas, tenía un aspecto amargo y podrido. La oscuridad que la recorría llevaba de vuelta al tronco, donde se unía con una podredumbre siniestra que brotaba de la raíz de Gwenllian. No había duda de que aquella era la oscuridad que los mataría a todos si no hacían nada por impedirlo; sin embargo, ninguna de las mujeres era capaz de adivinar de qué se trataba exactamente. Sus poderes de videncia nunca habían sido capaces de penetrar en la zona situada sobre la línea ley, y aquel era el mismo centro de la oscuridad.

Sin embargo, la solución para contrarrestar aquella oscuridad sí que se encontraba fuera de la línea ley. Era un sendero complejo, incierto y difícil, pero sus resultados eran claros y directos.

—¿Tienen que trabajar juntos? —se asombró Cala.

—Eso dicen las cartas —repuso Maura.

Jimi levantó la botella de whisky y vio que estaba vacía.

—¿No podemos ocuparnos nosotras y ya está?

—Solo somos personas —replicó Maura—, humanas normales y corrientes. Ellos son especiales. Adam está vinculado a la línea ley. Ronan es un soñador. Blue amplifica las capacidades de los dos.

—Pero el chico rico es una persona normal y corriente —protestó Orla.

—Exacto. Y va a morir.

Las cinco mujeres volvieron a contemplar las cartas.

—¿Significa esto que sigue viva? —preguntó Maura mientras señalaba la Reina de Espadas que había en una de las ramas.

—Puede —gruñó Cala.

—Y esto, ¿significa que la veremos marcharse? —inquirió Orla, señalando otra carta y refiriéndose a una persona diferente.

—Puede —gruñó Cala.

—Y esto otro, ¿significa que la veremos volver? —dijo Cala, señalando una tercera carta y refiriéndose a otra persona distinta de las anteriores.

—¡Puede! —chilló Gwenllian, y se levantó de un salto para dar vueltas con los brazos alzados por toda la habitación.

Las demás se miraron, incapaces de seguir sentadas. Cala apartó la silla para levantarse.

—Voy a ponerme otra copa —dijo.

Jimi chasqueó la lengua en señal de asentimiento.

—Si se va a acabar el mundo, no se me ocurre nada mejor que hacer.

Mientras las demás se alejaban, Maura se quedó sentada, observando la rama envenenada que formaban las cartas de Artemus y mirando de cuando en cuando al propio Artemus, que seguía encorvado a su lado. Aunque los desconocidos que aparecían en bosques místicos ya no eran su tipo, recordaba haber amado a Artemus; pero este Artemus apenas era una sombra de su anterior ser.

—Artemus... —susurró.

Él ni siquiera levantó la cabeza.

Maura le tocó la barbilla con el dedo, y él se estremeció. Ella agachó la cabeza y la ladeó hasta que quedaron cara a cara. Artemus nunca se había esforzado por rellenar los silencios con palabras, y al menos en aquello no había cambiado. De hecho, tenía aspecto de no querer volver a hablar jamás, si podía evitarlo.

Desde su salida de la cueva, Maura no le había preguntado nada sobre lo que le había ocurrido a lo largo de los años anteriores. Sin embargo, ahora quería saber.

—¿Qué te ha ocurrido para que estés así? —le preguntó.

Él cerró los ojos.